

## Reseñas

Thomas, W. Walker (ed.), *Reagan 'versus' the Sandinistas: The Undeclared War on Nicaragua*, Boulder, Westview, 1986, 337 pp.

Esta obra desarrolla una idea central, alrededor de la cual giran 15 capítulos que la amplían, la ejemplifican y la justifican. Esta idea es la siguiente: el gobierno de Reagan quiere extirpar el cáncer del comunismo que amenaza el continente de América Central, en particular en Nicaragua. Para llevar a cabo esta “noble” misión —satanizar su revolución y sus revolucionarios— se vale de todos los medios sin reparar en su legitimidad. Estamos en presencia de una campaña bien orquestada en dos frentes: guerra de baja intensidad (y no declarada) en Nicaragua y campaña de convencimiento de la opinión pública en Estados Unidos. Estos dos temas forman las dos primeras partes de la obra; la tercera y última se refieren al impacto y a las implicaciones de esta doble campaña.

Thomas Walker logró una perfecta armonía de parte de sus colaboradores, cuyos trabajos giran alrededor de este eje central —el pretexto de Reagan— y demuestran, con numerosos ejemplos y un desarrollo cronológico de los hechos, la mala fe constante de ese gobierno.

Thomas Walker es profesor de ciencias políticas en la Universidad de Ohio. Es autor, coautor y editor de varios libros sobre América Central y Nicaragua. Fue director del programa de estudios latinoamericanos en la universidad de Ohio y participó en la United Presbyterian Church's National Task Force on Central America. En 1983-1984, fue miembro fundador de la Latin American Studies Association's National Task Force on Scholarly Relations with Nicaragua. Los colaboradores de la obra son especialistas en temas tan diversos como ciencias políticas, economía, antropología, sociología, telecomunicaciones, política militar. La mayor parte son profesores; uno de ellos es analista de información en el National Security Archive; una es misionera, Patricia Hynds y escribe para el Instituto Histórico Centroamericano. Finalmente, a manera de conclusión en el último capítulo, al filósofo y lingüista Noam Chomsky ayuda a despejar y desenredar el maquiavelismo subyacente en cada paso del gobierno de Estados Unidos.

Antes de analizar las tácticas usadas, los autores nos muestran lo que suce-

dió en Nicaragua desde el triunfo de su revolución en 1979 hasta 1986. Walker en la introducción y Harvey Williams en la última parte de la obra dividen este lapso en tres etapas: primero, una etapa de reorganización y recuperación (1979-1980); segundo, una etapa de ajuste y expansión (1981-1982), y tercero una etapa de refuerzo y defensa (1983-1986). Walker hace hincapié en el aspecto político —elecciones, Constitución— y el económico (*boycott* norteamericano); Williams destaca el rubro social y sus cuatro facetas: salud, educación, bienestar y seguridad social y vivienda. Hace ver las vicisitudes por las cuales ha pasado este esfuerzo gigantesco de la revolución nicaragüense en el campo social, esfuerzo cada vez más deteriorado por el estado de alerta constante en que se encuentra sumergido el país y para el cual necesita desarrollar amplios planes de defensa y dedicar la mitad de su presupuesto.

En la primera parte de este estudio, los autores muestran que no se trata de luchar en una guerra abierta sino de entenderse con un conflicto de baja intensidad, no declarado y llevado por un enemigo que reviste múltiples formas: la CIA, los Contras, las asociaciones de la Nueva Derecha; éstas proporcionaron ayuda financiera muy sustancial cuando el Congreso se negó a votar un nuevo presupuesto para el mantenimiento de los Contras y de los programas de asistencia militar. El propósito de la primera faceta de la campaña fue agobiar al pueblo nicaragüense, aniquilar los resultados de su revolución. Los programas de asistencia militar se desarrollaron a gran escala en Honduras y Costa Rica a pesar de la voluntad de estos pueblos de quedar en la neutralidad. Las violaciones a los derechos humanos fueron incontables. La meta era aislar a Nicaragua de sus vecinos.

Por otra parte, los autores señalan que los Contras desde el principio mostraron poca capacidad en sus actividades contrarrevolucionarias, a tal grado que muchas operaciones dirigidas por Washington eran efectuadas por agentes de la CIA pero se anunciaban como actos de los Contras —por ejemplo, en el asunto más reprensible desde el principio del conflicto, el de las minas colocadas en puertos en marzo de 1984. Los autores insisten en el hecho de que el movimiento de los Contras no ha dejado de perder prestancia. Más que insurgentes son mercenarios, y el número de sus miembros es menor que el que proclama Reagan.

Pero lo más difícil para el gobierno sandinista, dicen varios capítulos, fue enfrentarse a la agresión económica norteamericana. La economía nicaragüense, de por sí muy vulnerable antes de la Revolución, estuvo sufriendo los embates de la administración de Reagan, cuyo blanco fue el conjunto de tres puntos neurálgicos: exportaciones agrícolas, producción de granos y préstamos internacionales. Ataques directos e indirectos de los Contras para destruir carreteras, puentes, vehículos y graneros, hostigamiento a los rancheros para obligarlos a alejarse de sus campos, todo esto provocaba una baja de producción desalentadora para los organismos monetarios multilaterales que se negaban, bajo la influencia de Estados Unidos, a otorgar más préstamos a corto o largo plazo. En cuanto a las exportaciones, la supresión de los acuerdos comerciales con Estados Unidos trajo un resultado positivo: la diversificación del

comercio con nuevos socios, en particular Japón, Canadá y los Países Bajos.

Esta guerrilla causó muchos estragos desde su inicio, pero la guerra ideológica con los medios de comunicación causó más. Guerra de las ondas, de los programas, manipulación de la información en todos los campos, en particular en lo que se refiere a las políticas del gobierno sandinista hacia los indígenas. El antropólogo Martin Diskin da a conocer la labor de sabotaje y destrucción que efectuaron los Contras con el apoyo de algunos grupos indígenas formados en guerrillas, para forzar a los campesinos a huir hacia Honduras y a desconfiar cada vez más del gobierno sandinista. En estas operaciones participaban varias asociaciones norteamericanas con el beneplácito del gobierno de Estados Unidos.

En cuanto a la religión, nos indican B. Cohny y P. Hynds que las disensiones fueron siempre notorias. El clero católico tendía generalmente a identificarse con las clases privilegiadas y los protestantes con los valores e intereses políticos norteamericanos. En Estados Unidos, varias organizaciones apoyaban la política de Reagan, contribuyendo a sus campañas de desinformación y de recaudación de fondos. En Nicaragua, gran parte de la alta jerarquía se irguió contra el gobierno nicaragüense, que en varias ocasiones tuvo que intervenir para detener actitudes insubordinadas. Los autores del capítulo señalan, sin embargo, el fuerte impacto de la Conferencia de Medellín de 1968 sobre el bajo clero de Nicaragua. Señalan, además, los cambios de actitud a favor de los campesinos del clero foráneo enviado como agentes de información por Estados Unidos. En cuanto al Papa, los autores sostienen que su posición no dejó de ser ambigua si considera uno las fluctuaciones que ha mostrado algunas veces.

En el frente diplomático, a pesar de varios esfuerzos para llegar a un entendimiento con Estados Unidos —en 1986 se llegó a un punto muy cercano—, nunca se realizó; lo único que se espera para lograr el cese de este conflicto no declarado es el cambio de gobierno en Estados Unidos en 1989.

No bastaba con mantener el conflicto en Nicaragua, había también que calentar las mentes en Estados Unidos para justificar tanto despliegue de medios y para obtener la cooperación económica necesaria. Ahí, según los autores, Reagan no escatimó esfuerzos para convencer a todos de que Nicaragua era un aliado de la Unión Soviética: discursos televisados del presidente, publicación de cuatro versiones de un documento falsificado (“*Revolution beyond our borders*”), manipulación de la prensa, hechos deformados, acusaciones sin fondo, escasez de información sobre el gobierno sandinista, sobre todo en época de elecciones y en cuanto a su política social. Se niega al público una visión clara de la situación en Nicaragua.

Numerosas medidas vejatorias se toman contra todos los que muestran interés hacia Nicaragua: viajeros, académicos o simplemente simpatizantes. La autora Margaret Leahy acusa al FBI de traspasar el marco de sus actividades normales y a desarrollar operaciones clandestinas con pretextos. Pero el esfuerzo más férreo y tenaz de Reagan fue sin duda con el Congreso. El capítulo de William LeoCrande “*The Contras and Congress*” es la historia de

las negociaciones del presidente de Estados Unidos con el Congreso, desde el principio de su mandato. Pone de relieve los argumentos falaces, el chantaje continuo de Reagan —que supo aprovechar la mala impresión causada por los viajes del presidente Ortega a la Unión Soviética—, el tirar y aflojar ininterrumpido entre Demócratas y Republicanos. El autor reconstruye la secuencia de las negociaciones en 1985, que acabarían en junio con el voto de 27 millones de dólares en ayuda no letal para los Contras pero agrega que este tipo de ayuda fue desviada muchas veces de sus propósitos iniciales.

Esta ilegalidad constante de parte del gobierno de Reagan no podía pasar inadvertida para los estudiosos de la legislación internacional; Sun Ho Kim, profesor de ciencias políticas en la Universidad de Ohio, plantea en la introducción de su capítulo una serie de preguntas sobre la legitimidad de la intervención norteamericana en Nicaragua, por ejemplo, ¿cuáles son las normas contemporáneas de la legislación internacional respecto a la intervención?

Finalmente, después de entretenerse un rato con los sentidos diversos de la palabra *democracia* —sin omitir el sentido orweliano— Chomsky desenreda la trama y despeja los últimos engaños; la insistencia de Reagan para “contener” Nicaragua con el fin de “proteger” al continente de esta “constante amenaza”, le recuerda el comentario de un observador occidental que comparaba la histeria de Reagan con la de Hitler [*sic*] decidido a “contener” Polonia y Checoslovaquia para “proteger” a Alemania de sus agresiones y a extirpar el “cáncer” judío. La verdadera razón de la política de Reagan, concluye Chomsky, se encuentra en la verdadera acepción de la palabra “amenaza” para caracterizar la que viene de Nicaragua: la amenaza de un buen ejemplo de parte de un país que está esforzándose por desarrollar programas sociales en un pueblo dejado en la pobreza e ignorancia durante siglos. Aquí me permitiré destacar la exageración de esta idealización a ultranza del Sandinismo. Nos sorprendería en mayor medida si no supiéramos que el autor no es político sino lingüista.

A primera vista, esta obra es impresionante; los autores pusieron todos los medios —investigaciones, encuestas, estadísticas, abundante bibliografía que permite verificar cada afirmación, índice temático y onomástico, etc. Se supone que el lector debe sentirse tanto más convencido cuanto que cada capítulo recalca lo mismo en diversas formas: la clave manipulada por Reagan para lograr la satanización de los sandinistas, para demostrar que su revolución no cumplió con sus propósitos —y esta clave aseguró su éxito en varias ocasiones— fue transformar este conflicto en cruzada contra el comunismo. En contrapunto, las conclusiones de cada capítulo muestran optimismo: el gobierno de Reagan tiene poca credibilidad. Se mencionan los resultados de su sondeo de la opinión pública:

1982	60% en contra	25% pro
1986	62% en contra	30% pro

(Pondré estos resultados en tela de juicio más adelante.)

Por otra parte insisten los autores en que, si bien es cierto que Reagan obtuvo algunos éxitos, se consiguieron después de numerosos tropiezos; su retórica excesiva, su obstinación, su endurecimiento, resultan a menudo contraproducentes, le alargan el camino, le cierran el horizonte y esto es tiempo ganado para los sandinistas.

Para convencer al lector, esta obra necesitaba una contrapartida. Dije que la obra era impresionante. En realidad pinta un panorama demasiado "perfecto". ¿Quién va a creer tanta infamia si no se muestra la parte opuesta? Hizo falta que alguien desempeñara el papel de "abogado del diablo", y sobran los que hubieran podido hacerlo, para lograr equilibrio. Nombraré solamente a dos. En un ensayo de la obra compilada por Mario Ojeda, *Las relaciones de México con los países de América Central* (El Colegio de México, 1985), el nicaragüense René Herrera habla del conflicto entre las fuerzas sandinistas, de la lucha interna por el poder que tanto los ha perjudicado. El proceso de radicalización de los sandinistas, que decepcionó tanto a latinoamericanos como a europeos, fue el origen del endurecimiento de Estados Unidos.

El segundo nombre que citaré es el de Robert Leiken, analista dedicado a Centroamérica; en 1986, trabajaba en la Carnegie Endowment for International Peace de Washington. Conocido por sus ideas liberales, Leiken se volvió polémico a partir del momento en que acusó a los sandinistas de represión, corrupción, manipulación política y lealtad a Moscú. Sus nuevas convicciones se formaron paulatinamente a raíz de los numerosos viajes que hizo a Nicaragua. Según Leiken, la evolución de la política sandinista no se puede "sentir" más que por un contacto directo, en el país mismo, ya que la prensa estadounidense y la internacional no transmiten las cosas como son. El artículo del *Times* (21 de abril de 1986) intitolado "Conversion of a timely kind: a liberal analyst fans controversy with his pro-contra views", pone en evidencia la polémica intrínseca a este tema candente, no solamente en el caso de un hombre cuyas ideas cambiaron de giro después de haber "visto", "sentido" y hablado con la gente, sino también en el caso de la opinión pública. El artículo del *Times* empieza con estas dos afirmaciones: "Unos americanos ven a Nicaragua ahogada en un peligroso mar rojo. Otros la imaginan con una brillante aureola de luz blanca". Aquí advierte uno el estado de confusión en el que está el pueblo norteamericano que —mal informado, es un hecho— toma partido a veces a contracorriente y muestra una incongruencia notoria en sus respuestas en sondeos. El equipo de Walker proporciona cifras que, si bien no son erróneas, son incompletas. En *Public Opinion* (septiembre-octubre de 1987), los resultados de los sondeos de octubre 1984 a agosto de 1987 llevan el título "Contrary attitudes on Contra aid", porque además de las cifras proporcionadas por *The New York Times*, *Washington Post*, y *Wall Street Journal*, que arrojan los resultados aproximativos de 62 y 25 por ciento (resultados citados por la obra de Walker), otro sondeo realizado (*Times*/Yankelovich Clancy Shulman, 15-17 de abril de 1986) arroja resultados opuestos: 29% en contra de la ayuda, 58% a favor. El artículo de *Public Opinion* que acompaña el sondeo subraya la posición del público en general: "La opinión pública no está netamente a favor ni en con-

tra de la ayuda a los Contras.” Y yo agregaría que el público norteamericano está tan mal informado, que este tipo de estadísticas no es tan confiable como para usarlo como argumento válido en una obra que quiere dar muestras de seriedad.

Por otra parte, esta obra no insiste bastante en los errores sandinistas, excepto cuando quiere mostrar el provecho que sacó de ellos el gobierno de Reagan, por ejemplo, en el caso de la manipulación de los Miskitos, cuyo descontento encontró sus raíces en la poca flexibilidad de la política sandinista respecto a ellos. Los autores, todos pro-sandinistas o adversarios de la política exterior de Washington, satanizan a su vez al gobierno de Reagan, santificando a la Junta. Se van a los extremos.

Terminaré con un comentario que hizo en 1829 Simón Bolívar y recogió Noam Chomsky al principio de su capítulo: “El destino de Estados Unidos fue hostigar y atormentar al continente en nombre de la libertad.” Ya que, según Walker y sus colaboradores, este destino sigue siendo el mismo, corresponde a otros académicos “recoger el guante” con nuevos estudios mucho más matizados.

MARIE-CLAIRE FISCHER DE FIGUEROA

Michael Schwartz (comp.), *The Structure of Power in America: the Corporate Elite as a Ruling Class*, Nueva York, Holmes and Meier, 1987.

La proposición central del libro que compiló Michael Schwartz sobre la estructura de poder en Estados Unidos es que “una tendencia decisiva de los últimos 80 años ha sido la de que un grupo cada vez más reducido de empresas controlan fracciones cada vez más grandes de la actividad económica” (p. 3). Dicha proposición parte de las siguientes constataciones empíricas: a) 98% de todas las empresas norteamericanas rinden cuenta de sólo el 25% de la actividad económica del país; el 2% restante rinde cuenta de casi el 75%, y b) las 500 empresas más grandes, que representan sólo la décima parte del 1% de dicho 2%, controlan más de dos tercios de los recursos de las empresas, emplean dos tercios de los trabajadores industriales y dan razón del 60% de las ventas al tiempo que generan el 70% de los beneficios totales. Lo que quiere decir que gran parte de la actividad económica descansa en menos de mil empresas. Otros datos importantes están relacionados con la propiedad de las empresas. Los principales accionistas de las grandes empresas son hoy otras grandes empresas o instituciones financieras: por ejemplo, en 1974, el 33% de las acciones de las grandes empresas estaba en posesión de instituciones financieras y el proceso de vinculación entre las empresas se había reforzado.

Dada esa situación, Schwartz y sus colegas emprendieron una reflexión,